

«LA FILOSOFIA EN EL LENGUAJE»

■ Curso de Emilio Lledó

«Se ha decretado la muerte o marginación de la Filosofía en nuestro mundo tecnológico y científico y es un hecho que la Filosofía debe ir en busca de su semántica perdida y que ello sólo podrá lograrse dándole un nuevo carácter emancipatorio. Las tres famosas preguntas kantianas que se plasman en el horizonte del saber, hacer y esperar aparecen en nuestro magma social con más acritud y desesperanza que nunca. Si hoy el conocimiento está en manos de la ciencia, ¿por qué no dejar a la Filosofía el sueño utópico?». Así ve el porvenir de la Filosofía el catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad a Distancia, Emilio Lledó, quien del 11 al 20 de noviembre pasado impartió en la sede de la Fundación un curso de cuatro lecciones sobre el tema «La Filosofía en el lenguaje».

Estas conferencias, que el profesor Lledó tituló «Interpretación de textos», «El lenguaje en la filosofía griega», «El lenguaje en la Filosofía moderna» y «El lenguaje en la Filosofía contemporánea», han tenido como objetivo central plantear cómo la Filosofía —en opinión del conferenciante— es una forma de conocimiento que ha estado siempre acompañada de la duda sobre su propia justificación, «ya que el lenguaje filosófico se refiere a un tipo de realidad que no es verificable; cómo la filosofía se nos presenta como experiencia textual, enmarcada en la evolución de la cultura humana a lo largo de los siglos y nuestra misión filosófica es un proceso de interpretación de esos textos donde, en definitiva, cristaliza la memoria colectiva y se sedimenta la experiencia de la historia»; y trazar sumariamente la evolución del lenguaje filosófico desde los griegos, con los que nace y se desarrolla el pensamiento abstracto, hasta la actual crisis de nuestro tiempo.

Ofrecemos a continuación un resumen del curso del profesor Lledó.

INTERPRETACION DE TEXTOS

El lenguaje no es sólo un *medio* sino el sustento mismo de la Filoso-



EMILIO LLEDO es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, y anteriormente lo fue de las Universidades de La Laguna y de Barcelona. Entre sus publicaciones figuran *Filosofía y Lenguaje* (1970), *La Filosofía hoy* (1975) y *Lenguaje e Historia* (1978).

fia. La Filosofía es *lenguaje*. Desde éste se manifiesta un trasfondo de reflexión de la vida y del pensamiento. Pero todo lenguaje se justifica cuando puede fundamentarse en términos de contraste, es decir, ha de haber un mundo objetivable en el que los significantes se justifiquen y una significación objetiva. Todo lenguaje ha de referirse *de alguna manera* a una experiencia, ha de ser verificable. Ante la crisis de la justificación de la Filosofía, cabría plantearnos un previo paso metodológico: ¿Existe un lenguaje filosófico? ¿Existe una experiencia filosófica, algo fuera del lenguaje que sea una objetividad?; y, el contraste con esa experiencia, ¿confirma el sentido de ese lenguaje? Vemos, en primer lugar, que la Filosofía se nos presenta como experiencia textual dentro de la evolución de la cultura humana a través de la historia. Junto a la *conciencia histórica* que surge en el siglo XIX, ha surgido, sobre todo, en la primera mitad del siglo XX, la *conciencia lingüística*, una necesidad de comunicación; y, además de esa retícula de comunicación en la que estamos articulados, hay una *conciencia*

cia textual: los textos, esos objetos-libro o documentos son la voz de la historia. La experiencia de la vida humana se convierte en palabra. El presente de esos mensajes está entre un futuro no escrito todavía y un pasado escrito.

El texto, por otra parte, se dispara desde la vida y la sociedad de su autor. Ante el texto hay, pues, dos tiempos paralelos: el nuestro, al leer ese texto, y el tiempo del propio texto (pasado). Y así se establece una comunicación: lo que a mí me llega cuando leo no es el tiempo en el que ese texto fue escrito sino el de la memoria de ese texto. En el texto nosotros sincronizamos la temporalidad. Este es un principio básico a la hora de interpretar los textos filosóficos.

Por otro lado, el lenguaje es una especie de frontera entre la Naturaleza (animalidad) y esa masa plástica que nos circunda, que es la cultura. Nuestra misión filosófica es el camino del objeto, la búsqueda del sentido, de las referencias en el lenguaje. He ahí en qué consiste el proceso de interpretación, en proyectar un lenguaje en un plano que lo trascienda para hacer posible su interpretación.

Con respecto a la segunda cuestión de si existe una experiencia filosófica, diremos que para hacer hablar a un texto hay que encontrar su lugar, su topografía cultural; y su sentido, su *para quién*, ya que siempre se escribe por una necesidad de transgredir los límites de la conciencia individual. Y también ha de haber un *quién*, un autor y realidad inmediatos. Está también el *de qué* hablan los textos filosóficos. ¿Qué código o metalenguaje construir para que ese mensaje se nos convierta en diálogo?

El texto se nos presenta como un *pre-texto*, un espacio real en el que se apoya. Los problemas filosóficos no son estáticos, siempre hay un *para qué*, un sentido, un progreso o futuro; la semántica vertical del texto es asumida por el flujo horizontal de la historia.

EL MITO Y EL LENGUAJE DE LA CIUDAD EN LA FILOSOFIA GRIEGA

La filosofía griega presenta una situación de privilegio en toda la historia de la Filosofía. Antes de ella no existía una tradición filosófica; con ella nace y se desarrolla un pensamiento abstracto. ¿Cuál es la enseñanza que hemos recibido de los

griegos? ¿En qué sentido podemos hoy seguir siendo griegos?

Tres conceptos podrían definir ese ser griegos: la *teoría* (como mirada del mundo), la *libertad* (movilidad del espíritu) y el *lenguaje* (comunicación), la retícula que constituye la «ciudad». Y todo ello nutrido por la «paideia» (educación). La idea de que el hombre se construye, se hace desde dentro y se proyecta hacia afuera la aportaron los griegos. La cultura griega es proyección exterior y en esa exterioridad empezó la Filosofía. Fue la cultura griega la primera en captar esa cualidad del hombre como mediador. Al igual que de la mano salía la técnica, de la teoría (mirar el mundo) sale la «episteme» (la ciencia).

La filosofía griega pronto destacó otra forma física de mediación: el «logos», el lenguaje. El dinamismo de su funcionamiento, su proyección en la ciudad griega se dieron ya desde los filósofos presocráticos, de los que surge el primer suelo cultural de Grecia. Ellos tenían el mito como horizonte, con una estructura de violencia y autoridad. El mito era, pues, el poder de la palabra y era encarnado por los que tenían la verdad, el poder. El poema épico cantaba ese universo ideológico de héroes y así se interiorizaba la sumisión. Pronto los filósofos van a reflexionar y liberarse de esa opresión mítica y a hacer técnica desde los imperativos de la vida. El hombre se pondrá como modelo y se hace la crítica a la condición sacral del lenguaje mítico. Será el lenguaje de Heráclito el que presente por vez primera la crítica a la solidez del discurso. Con Heráclito se rompe el lenguaje en su propia estructura, que se muestra contradictoria. También el modelo ontológico de Parménides (conocer por medio del ser) presenta una búsqueda de fundamentación, un afán de verificabilidad fuera de la autoridad mítica. El lenguaje es la mediación y conexión entre el pensamiento y el ser.

La Sofística traerá otra forma de aproximación al lenguaje. Los sofistas representan tres tipos de ruptura: de la palabra, del modelo mítico y la ruptura política. Son conscientes de que nadie tiene el privilegio del *logos*, que se habla en el ágora, en discusión; que las palabras son sesgos, perspectivas; que el *logos* es constituyente, me hace a mí. Es decir, si la Naturaleza (la *fisis*) posee en sí misma el motor de su propio desarrollo, se mueve ajena a nuestra voluntad; y la técnica es ya fruto del

hombre, no tiene en sí misma sus propias leyes; la estructura del logos es proyección del hombre también, pero no algo añadido, como la *tecne*, sino que constituye al hombre. Esto es un absoluto descubrimiento de los sofistas. Y de ahí se pasa a ver que la palabra es también racionalización y arma (Retórica), deporte (dialéctica) y vínculo entre los hombres (política).

Mediante la gimnasia interior de liberación a través del lenguaje, de la libertad sin modelos fijos —la gran creación de la democracia griega— se rompe el modelo mítico. La *paideia* liberadora será aquí fundamental para educar a las generaciones futuras. Finalmente, la *polis* es una creación y dialéctica del saber en común. Los sofistas buscan la dialéctica de la autoridad, pero la autoridad del convencimiento. Otros logros de los sofistas son la publicidad del pensamiento y el relativismo, contra el pragmatismo de las generaciones que sustentaron el poder en el mito.

Otro paso fundamental es Platón, con lo que se inicia la escritura filosófica y que constituye el primer gran bloque de pensamiento occidental. En el diálogo platónico entra y discurre la vida filosófica misma, cada personaje crea, desde su propia vida, a su propia perspectiva.

LA LECTURA DEL MUNDO Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA SUBJETIVIDAD

La historia de la Filosofía moderna es la historia de una peregrinación desde la construcción de una nueva estructura del yo y la lectura del mundo como una letra del nuevo alfabeto de la experiencia, hasta llegar a construir un pensamiento que se hace en nosotros y es percibido desde nosotros mismos. En definitiva, una autobiografía de la inteligencia.

En el pensamiento medieval los tres conceptos constitutivos de la dinámica del lenguaje y pensamiento griegos —teoría, libertad y discurso— desaparecen. La Escolástica subordina la Filosofía a la Teología, se impone la jerarquía feudal y la verdad es administrada dogmáticamente. Cambia incluso la perspectiva del lenguaje: no sólo hay ya una tradición lingüística sino, además, unos bloques ideológicos que lastran a la vez que agilizan el procedimiento intelectual. En el pensamiento medieval la verdad está escrita, es letra, figura, mundo superior. No es lenguaje (discurso). Esa letra tiene un lado práctico (uno se salva con ella); a la verdad no se va,

se está instalado en ella. Se da una subordinación del individuo a la estructura social y del habla al lenguaje. Además, son los sabios los que discuten y lo hacen en latín, la lengua culta, que pone el conocimiento fuera de la vida. El discurso es, pues, el dominio de una ideología establecida.

Con la irrupción de la imprenta, se consagra la letra, el discurso escrito. El lenguaje natural necesitaba de un nuevo fundamento. Hay, además, un nuevo sustento sobre el que se va a construir la Filosofía moderna: un nuevo concepto de *realidad* y de lo *universal*. Frente al mundo como reflejo de Dios surge la *experiencia*; y frente a la idea de lo universal basada en la Teología, surge la idea de *conciencia*. El creador de la Filosofía moderna, Descartes, es el constructor de esta nueva entidad, la conciencia, que va a ser el eje de la revolución filosófica cartesiana. Parte Descartes de que el mundo es ficción, que hay que desarticularlo, desrealizarlo para construirlo, y analizar el proceso intelectual. Esa desrealización del mundo se hace sobre dos ejes: un nuevo análisis de la experiencia y del conocimiento.

La experiencia, para Descartes, será el nuevo alfabeto para empezar a leer el mundo, y necesita justificarse. Hay, así, un doble plano: por un lado, el mundo y la experiencia como símbolos de la exterioridad, y el «ingenium» y el «yo», como símbolos de la interioridad o subjetividad. Y ese yo ha de ser dirigido, porque no está limpio sino manchado de historia.

El concepto de «claridad» de Descartes conducirá a transformar el orden natural en un orden de ideas: el racionalismo. La verdad es una intuición fundamentada en la claridad, pero no está exenta de la *duda*, ya que el libro del mundo y el *ego* están también interferidos por instancias distintas que hacen problemática esa verdad. La duda, el «yo» como objeto dubitativo ha de refugiarse en la intimidad para buscar una serie coherente de conocimientos fundados. La primera letra o experiencia del mundo está ya en la «aparente» soledad de mis pensamientos, soledad inoculada por la historia. Hay en Descartes varias oposiciones: orden de la razón/orden de la historia, individuo/Estado, pueblo/hombre solo (la verdad la encuentra más fácilmente el hombre solo); y todas ellas conducen a Descartes a la conclusión de que es más fácil reformar al sujeto que reformar la exterioridad.

LA FILOSOFIA, EN BUSCA DE LA SEMANTICA PERDIDA

¿Por qué sigue habiendo hoy Filosofía? ¿Para qué? Parece un hecho esa falta de fundamentación de la Filosofía. Los neopositivistas la relegan al campo de la poesía, o se considera al mundo filosófico como el lenguaje del engaño (Lenin). Se han decretado una serie de muertes a la Filosofía: la heideggeriana (muerte de un lenguaje sin una ruta clara), la nietzscheana (hay que estructurar otra lógica que no sea la de la razón); la muerte decretada por la filosofía de la marginación (rechazo, incluso, de la historia de la cultura); o la decretada por el academicismo libresco, que al hacer filosofemas, píldoras fáciles que están en los manuales, anquilosa la Filosofía. ¿Por qué esa inseguridad sobre el estatuto del saber filosófico?

Ha habido como un complejo de inferioridad en la Filosofía que la ha hecho acercarse a las ciencias como modelo. El éxito de la ciencia reside en que funciona, en que ha establecido un diálogo experimental, un circuito de conexión entre el hombre y lo experimentado. Y esa estructura paradigmática de la ciencia facilita la comunicación, aproxima a la sociedad; tiene, además, un lenguaje formal sin pérdidas semánticas. La Filosofía, en cambio, no se contrasta con la experiencia sino con la subjetividad, está inserta en la doble semántica del lenguaje natural y del lenguaje de su propia estructura intelectual. ¿De qué hablan los filósofos? ¿Qué utilidad puede tener hoy la Filosofía?

Ante esta evidente pérdida de sentido, de contenidos, de realidad y justificación que parece acechar hoy a la Filosofía, veamos una serie de contextos que pueden conferirle un sentido. Están, en primer lugar, los *contextos de motivación*. La inseguridad de nuestra vida, la soledad del hombre crean un vacío que éste ha de llenar con el mito, la poesía, la filosofía o la ciencia. También lo crean el endurecimiento de la sociedad y del lenguaje y, por consiguiente, de la misma conciencia (alienación); la homogenización y reabsorción de la personalidad, que desaparece en esa sociedad. La leyes de la cultura —pseudonaturaleza— nos agrietan y corrompen.

Por otra parte, los *contextos de encuentro*: encontramos a la Filosofía en la Historia, en la Academia y en la vida. En la historia, el ejemplo griego es característico. Del silencio del mito

se pasó al diálogo, a la instalación en un vínculo de amistad y solidaridad. La Naturaleza como exterioridad. Con la Escolástica estamos ante la exterioridad de la letra. En el Renacimiento y la modernidad, lo importante no va a ser ya la letra (verdad) sino el yo (la experiencia), la razón, la conciencia. El individuo como proyector de realidad. En el empirismo y la Ilustración cambian de nuevo los temas y con ellos los índices de justificación filosófica: el yo constructor y constituidor de experiencia (empirismo); el yo como frontera (filosofía trascendental de Kant); el yo creador (idealismo alemán). Encontramos a la Filosofía en la Academia, en el libro, en la Universidad; y en la institución. Y en la vida: los libros están en el mundo. El Círculo de Viena, la Filosofía Analítica han descubierto la importancia del lenguaje como vehículo en el que se manifiesta el ser. «El lenguaje es la casa del ser», decía Heidegger. Y hoy más que nunca, porque el hombre vive más en un mundo de significados y de sentidos que de objetos.

Hay una necesidad de plantearse de nuevo las grandes y viejas preguntas del «qué sabemos», «qué debemos saber» y «qué podemos realmente saber». El «boom» sociológico en todos los órdenes y su consiguiente imagen centralizada y en bloques de mitos, religiones e ideologías puede contribuir a la disolución de la Filosofía. El desarrollo tecnológico produce un sistema de valores que, sin serlo, funcionan como tales en la sociedad; con lo cual los posibles valores utópicos quedan desarticulados y relegados a la mera idealidad; aparte de que ese enfrentamiento que vivimos entre la conciencia tecnológica y la conciencia metafísico-religiosa produce una enfermedad, la soledad y la pérdida de valores individuales en el hombre.

Hemos de volver, en cierto modo, a un carácter socrático de la Filosofía, es decir, a plantearnos los problemas directos, de la vida. Las utopías van a surgir en el mundo contemporáneo y ellas serán las nuevas orientaciones que habrá en un mundo relativamente desorientado: la utopía de lo mejor, de la solidaridad, de la coherencia, que nos implique en los hechos y en los valores. Y esa utopía del ser humano autárquico será alimentada por la Filosofía. Sólo el pensamiento libre será válido dentro del eterno desequilibrio e inestabilidad de la vida, para asumir a un tiempo la historia y la individualidad.